

de las agitaciones de la revolución francesa, no podía proporcionarnos más que el orden, y es preciso agradecerle que con el orden nos ofreciera nuestro estado civil y nuestra organización administrativa. Desgraciadamente para él y para nosotros, perdió nuestra grandeza, pero nos ha legado la gloria, que es la grandeza moral y se atrae con el tiempo la grandeza material. Por su genio nació para la Francia del mismo modo que la Francia para él. Ni él sin el ejército francés, ni él ejército francés sin él, hubieran realizado los prodigios que han realizado juntos. Autor de nuestras desventuras, pero compañero de nuestras proezas, debemos juzgarle severamente, pero conservándole los sentimientos que un ejército debe al general que por espacio de mucho tiempo le ha guiado á la victoria. Estudiemos sus altos hechos, que son los nuestros; aprendamos en su escuela, si somos militares el arte de conducir á los soldados, si hombres de Estado el arte de administrar los imperios; que nos sirvan de instrucción, sobre todo, sus faltas; acostumbremos, evitando sus ejemplos, á desear la grandeza moderada, la que es posible, la que es duradera, porque no es insostenible para los demás; en una palabra, estudiemos la moderación al lado de este hombre el más inmoderado de todos los humanos. Y en fin, como ciudadanos, deduzcamos de su vida una última y memorable lección, tal es la de que por grande, por sensato, por vasto que sea el genio del hombre, jamás hay que confiarle por completo los destinos de un país.

Ciertamente no somos nosotros de los que censuran á Napoleón el haber arrancado en la jornada del 18 brumario la Francia de las manos del Directorio, en las cuales acaso hubiera perecido; pero que fuera necesario sacarla de estas manos débiles y corrompidas, no era una razón para entregarla por completo á las manos poderosas, pero temerarias, del vencedor de Rivoli y de Marengo. No cabe duda en que si alguna nación ha tenido excusas para entregarse á un hombre, esta nación ha sido la Francia cuando en 1800 adoptó por jefe á Napoleón. No era con una falsa anarquía con lo que se procuraba amedrentar á la nación para encadenarla. ¡Ay! no: millares de existencias inocentes habían sucumbido sobre el cadalso, en las prisiones de la Aba-

dia ó en las aguas del Loira. Los horrores de los tiempos bárbaros se habían reproducido de pronto en el seno de la civilización espantada, y aun después de estar ya lejos estos horrores, la revolución francesa no cesaba de oscilar entre los verdugos, de cuyo poder había sido arrancada, y los emigrados ciegos, que querían hacerla retrogradar á través de la sangre, hacia un pasado imposible, mientras que en este caos se mostraba amenazadora la espada del extranjero! En aquel momento volvía de Oriente un joven héroe, lleno de genio, que vencedor en todas partes de la naturaleza y de los hombres, prudente, moderado, religioso, parecía haber nacido para encantar al mundo! Jamás seguramente fué más disculpable confiarse á un hombre, porque jamás fué menos simulado el terror que se experimentaba, ni jamás ha habido un genio más real que el del héroe en quien todos buscaban un refugio! Y sin embargo, después de algunos años, este modelo de prudencia convertido en loco, loco de otra locura que la del año 93, pero no menos desastrosa, inmolaba un millón de hombres en los campos de batalla, y excitaba las iras de la Europa contra la Francia, que dejaba vencida, anegada en su sangre, despojada del fruto de veinte años de victorias, en una palabra, desolada y no teniendo para florecer más que los gérmenes de la civilización moderna depositados en su seno. ¿Quién hubiera creído que el sabio, el prudente, el juicioso de 1800, sería el insensato de 1812 y de 1813? Si, esto hubiera podido preverse con sólo recordar que el poder omnímodo lleva en sí una locura incurable, la tentación de querer hacer todo lo que se puede hacer, hasta el mal después del bien. Por esta razón la gran vida de Napoleón, que tanta enseñanza encierra para los militares, los administradores y los políticos, también ofrece á los ciudadanos una lección, la de que no se debe nunca entregar la patria á un hombre, cualquiera que sean este hombre y las circunstancias! Al terminar esta larga historia de nuestros triunfos y de nuestros desastres, este es el último grito que se escapa de mi corazón, grito sincero que quisiera que llegase al corazón de todos los franceses, para persuadir á todos de que es preciso no deshacerse nunca de la libertad, y, para no exponerse á perderla, no abusar nunca de tan precioso don.

FIN DEL TOMO NOVENO

INDICE DEL TOMO NOVENO

Páginas	Páginas		
LIBRO QUINQUAGÉSIMO. — Leipsick y Hanau	1	LIBRO QUINQUAGÉSIMO SEXTO. — El Congreso de Viena	407
LIBRO QUINQUAGÉSIMO PRIMERO. — La invasión	82	LIBRO QUINQUAGÉSIMO SÉPTIMO. — La isla de Elba	469
LIBRO QUINQUAGÉSIMO SEGUNDO. — Brienne y Montmirail	134	LIBRO QUINQUAGÉSIMO OCTAVO. — El acta adicional	527
LIBRO QUINQUAGÉSIMO TERCERO. — Primera abdicación	177	LIBRO QUINQUAGÉSIMO NOVENO. — El campo de Mayo	583
LIBRO QUINQUAGÉSIMO CUARTO. — Restauración de los Borbones	303	LIBRO SEXAGÉSIMO. — Waterloo	629
LIBRO QUINQUAGÉSIMO QUINTO. — Gobierno de Luis XVIII	354	LIBRO SEXAGÉSIMO PRIMERO. — Segunda abdicación	706
		LIBRO SEXAGÉSIMO SEGUNDO Y ÚLTIMO. — Santa Elena	765

INDICE DE LOS GRABADOS DEL PRESENTE TOMO

Páginas	Páginas		
El general Drouot	49	Mueble donde Napoleón colocaba sus legajos en la isla de Elba. (Colección del príncipe Rolando Bonaparte)	483
El general Poniatowski	65	Leticia Ramolini	485
Alejandro I de Rusia	109	El coronel La Bedoyere	495
Kleist de Nollendorf	161	Sello del emperador Napoleón usado durante los cien días (1815)	569
El duque de Dalberg	181	El mariscal Grouchy	673
El general Blücher	201	El príncipe Guillermo de Prusia	691
Dumesnil, llamado el de la pierna de palo, comandante de Vincennes	311	Silla en que trabajaba Napoleón en Santa Elena. (Colección de S. A. I. el príncipe Víctor Napoleón)	783
Luis XVIII	349	Últimos días de Napoleón (copia de la estatua de Vela)	809
El duque de Berry	393	Santa Elena, 5 de mayo de 1821	817
Federico VI, rey de Dinamarca	457	Firmas de Napoleón	827
El general Exelmans	473		
Mesa de trabajo de Napoleón en la isla de Elba. (Colección del príncipe Rolando Bonaparte)	479		



PAUTA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

	Páginas
Los voluntarios de 1813 en Alemania.	24
Batalla de Leipsick.	62
Napoleón y su Estado mayor en 1814.	156
Batalla de Waterloo.	686
Huída de Napoleón después de la batalla de Waterloo.	694
Napoleón á bordo del navío inglés <i>Belerosfente</i> .	772



